




CDS 619/1-2 
DIGITAL LIVE RECORDING

RAMÓN CARNICER
(1789 – 1855)

ELENA E COSTANTINO

Opera semiseria in two acts – Libretto by Andrea Leone Tottola

Critical edition: Grover Wilkins

Ediciones Iberautor, S. R. L.

Instituto Complutense de Ciencias Musicales

| | |
|---|-------------------------|
| Ruth Rosique | Elena/Riccardo |
| Robert McPherson | Costantino |
| Saimir Pirgu | Edmondo |
| Eduardo Santamaría Lorenzo Regazzo | Il governatore di Arlés |
| Mariola Cantarero | Carlo |
| David Menéndez | Anna |
| | Urbino |

CORO Y ORQUESTA TITULAR DEL TEATRO REAL
(Coro y Orquesta Sinfónica de Madrid)

Conductor: **Jesús López Cobos**

Chorus master: **Jordi Casas Bayer**

SPANISH LIBRETTO

Acto I

1 [Sinfonía]

Escena primera

El teatro representa el interior de un pórtico rústico sostenido por unas viejas pilastras, a través de las cuales se ven deliciosas colinas. A la derecha hay una mesa larga y en ella varias vasijas de estaño y de barro, y todos los aperos de agricultura.

En los bancos que hay alrededor de la dicha mesa están sentados varios aldeanos aplicados al trabajo de los instrumentos de agricultura. Anna sentada atando algunas flores, después Urbino.

2 **Coro** - Tan veloces son las vicisitudes de este mundo como las vueltas de esta rueda; el primero que sube, más pronto baja, y el que está abajo va subiendo.

(Dando vueltas a una rueda, en la cual están afilando unas hoces)

Suene el martillo y vayan sus golpes a aturdir la cabeza de aquel amante sin dinero que se deja burlar de las mujeres.

(Machacando con martillo en los útiles que recomponen)

3 **Anna** - Amable rosa, vago jacinto a quienes une y anuda una hermosa cinta, id a mostrar a mi Fileno mi cautivo corazón.

Coro - Id a mostrar a su Fileno su cautivo corazón.

4 **Urbino** - Atentos al trabajo, cómo corren las horas: ¿y se está ahora la señora atando florecitas?

(Los trabajadores callan al llegar Urbino)

Anna - ¿Os disgusta? ¿Os molesta? Pues no tengo cuenta ninguna que daros, ya podéis iros si no queréis pasarlo peor.

Urbino - ¿Por qué, carita hermosa, no me das a mí esa flor?

Anna - La guardo para una nariz delicada, no es su olor para ti,

Urbino - ¿Sí? Pues pronto al trabajo, haced andar esa rueda, y si os descuidáis, conmigo lo veréis.

Anna - ¡Pero mira este desvergonzado! ¡Pero mira al impertinente! Ahora te arañó la cara, yo pierdo la paciencia.

Coro - Poco a poco, prudencia.

Urbino - ¡Bachillera!

Coro - Callad. *(Dejan el trabajo y se interponen)*

Anna - ¡Bruto, animal!

Coro - ¡Poco a poco!

Escena II

Carlo y dichos

Carlo - ¿Qué griterío? ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué no se trabaja?

Ya ha salido el sol y todavía no habéis hecho nada.

Idos en hora mala, que no se puede dar peor.

Coro - No os enfadéis, señor: hemos acudido aquí a impedir que estos dos se rompan la cabeza.

Anna - Es este impertinente, que me hace desesperar.

Urbino - Es ella, que por nada se encoleriza.

Carlo - Muy bien, bravísimo, bravo de verdad.

¿Quién más no lo entiende?

Son cosas de amantes, que no saben ser consecuentes tres minutos seguidos: tan pronto están tristes como alegres, unas veces es placer lo que otras martirio: yo también lo experimenté en mi juventud.

Vamos volved al trabajo, que esto nada será.

Anna - Quiere que por fuerza Yo le ame y adore, pero puede estar seguro, mi corazón jamás poseerá.

Urbino - Ella se burla de mí, y no siente rubor en decirme que amor jamás por mí tendrá. *(Vase)*

Coro - Urbino se afana y el amo se ríe, ¿quién puede comprender la causa de ello? *(Vanse)*

5 **Carlo** - Y bien, hija mía, ¿por qué estas tan alterada que pareces una loca? ¿Qué pasa?

(Anna hace movimientos de desesperación)

Anna - Aquel bribón de Urbino me maltrata.

Carlo - Anda, que eres una tonta.

Al fin ha de ser tu esposo, y por consiguiente...

Anna - ¿Mi esposo, Urbino? ¿Con vuestra licencia? *(Quiere marchar)*

Carlo - Ven aquí. ¿Pero no sabes que la doncella casadera es como un mueble puesto a subasta, que si no se la lleva nadie, su destino es un rincón del almacén? Lo mismo sucede a las mujeres, el tiempo pasa y con él los amantes, y si la doncella no se casa a tiempo, luego nadie hace caso de ella,

¿me entiendes?

Anna - Sí, padre, que lo entiendo,
pero al corazón no se le manda,
y aquel Riccardo es tan gracioso y amable...

Carlo - ¿Riccardo? (¡Ama a una mujer, caso raro!)

Anna - ¿Qué decís?

Carlo - Nada, nada,
basta por ahora; quiero desayunarme
con un poco de leche, marcha
y témela preparada dentro de un rato.

Anna - Voy:
pero aquel Urbino...

Carlo - Anda, locuela. (*Vase Anna*)
Mi hija está enamorada de Riccardo,
y Riccardo es una mujer. Yo mismo
la oí ayer tarde al pie de un chopo,
que decía: Desgraciada de mí...
Además aquella vocecita...
y aquella carita tan fina... Aquí está ella.
Lo que más me importa saber
es la causa de su disfraz:
ahora lo sabremos; Carlo, a asunto!

Escena III

Riccardo, desde la colina, y Carlo.

■ **Riccardo** - Buenos días... Mi buen amo,
vuestro Ricardito os pide
besar la mano
en prueba de su respeto.

Carlo - (Mira ésta!... ¡Es un contrabando!
Bajo un traje fingido
va suscitando
mi fragilidad).

Riccardo - Qué, ¿no me respondéis?

Carlo - Buenos días.

Riccardo - ¡Con tanta frialdad!

Carlo - ¿Con más calor? Pues vaya. Buenos días.
¿Está así bien?

Riccardo - Ahora me gusta.
Pero si no me engaño, tenéis
el semblante un poco turbado.

Carlo - Es porque he descubierto ayer
una metamorfosis.

Riccardo - ¿Cómo?... ¿una metamorfosis?

Carlo - Sí señor, he descubierto
que es hembra la que parecía varón,
y ya no puede por más
tiempo estar a mi lado.

Riccardo - (¡Ay de mí!) ¿De quién habláis?

Carlo - De ti: no te ocultes
porque ya estás descubierta;
no hay que fingir conmigo.

■ **Riccardo** y **Carlo** - ¡Cielos! ¡Qué turbación!
se me/se le saltan las lágrimas:
a mi/su fiero tormento!

¡Ah! ¡No me tengo/se tiene en pie!

Carlo - Que eres una doncella
ya doy por hecho
como a hija mía,
ya desde ahora te abrazo

habla, desahógate

sin temor;

mi brazo

está aquí por ti.

Riccardo - Callad...

No me descubráis...

sed humano...

compadeceos de mí...

si amparáis

a una infeliz...

del cielo recibiréis

el premio merecido.

Carlo - ¿Sois soltera?

Riccardo - No.

Carlo - ¿Viuda?

Riccardo - No.

Carlo - ¿Casada?

Riccardo - ¡Ay, cielos!

Carlo - (Ya entiendo: esto será
algún enredo)

Riccardo - (Dios piadoso,
conmover su corazón

en mi favor:

y el crudo afán

que tanto me oprime

se calmará

en el seno

de la amistad).

Carlo - (La infeliz

tiembla y palpita...

al verla

tan apesadumbrada,

siento que

mi corazón

se conmueve

de compasión).

■ Ahora bien, ya que estamos solos
descúbremelo todo.

Yo soy hombre de mundo,

he viajado por muchos países,

tengo ya el cabello cano

y aprendí a compadecer

las flaquezas humanas.

La edad, la poca experiencia

te habrán, qué sé yo...

Riccardo - Callad: soy infeliz,

pero soy inocente.

Carlo - Inocente, ¿y tu nombre?

Riccardo - Soy Elena, princesa de Tarascón

y esposa del conde Costantino.

Carlo - ¿Vos? ¡Qué portento!

¿La mujer de aquel inicuo conde

que mató a su padre en la caza,

lo mismo que quien mata una perdiz?

Riccardo - ¡Ah! No es cierto, mas la calumnia

supo esparcir esa voz, y después

tuvimos que huir con nuestro hijo.

Esto es lo de menos, después tuvo mi amado esposo

que dejarme sola, y a mí, para huir

más pronto, me fue preciso

exponer a mi amado hijo.

Escribí con mi sangre

algunos renglones en un papel,
se lo puse encima, y después,
oh mi buen Carlo, lo expuse a vuestra puerta,
y os vi recogerlo y abrazarlo.
Carlo - ¡Cómo! Paolino; ¿el chiquito que hace tres años
tengo yo por hijo?...

Riccardo - Es el mismo.

Carlo - ¿Y vos vinisteis después vestida de segador?
¡Qué novela! Y aún no está acabada.
Conque... pero Urbino viene,
¡qué atareado anda!
¿Qué hay de nuevo?

Escena IV

Urbino y dichos; después Anna, que trae de la mano a Paolino.

Urbino - Y tan nuevo como es.
¿No oísteis la trompeta?

Carlo - No.

Urbino - Pues yo la oí muy bien: ha sido el pregonero
que ha publicado un edicto de orden del Gobernador,
por el cual se obliga a todos, bajo severas penas,
a denunciar, lo más pronto posible,
a cualquier forastero
que se halle aquí escondido.

Yo, por no perder el tiempo
acabo de declarar a un oficial
que tenéis aquí a Paolino. ¿He hecho bien o mal?

Riccardo - (¡Ay de mí!)

Carlo - Hicistes bien... preciosamente...
ahora voy yo mismo... (*Confuso*)

Riccardo - (Pensad lo que hacéis).

Carlo - (Dejadme hacer a mí. ¡Ahora nos faltaba esto!)
Yo vuelvo al momento; quédate aquí con Urbin.
(*Vase*)

Urbino - ¿Aquí no se trabaja?

Anna - ¿Se ha pasado ya la hora,
groserísimo Urbino?

Urbino - Que haya pasado o no yo mando aquí.

Riccardo - Poco a poco.

Anna - Aquí nadie manda más que mi padre.

Urbino - Pues si manda tu padre,
te casarás conmigo.

Anna - Todo lo haré menos eso: a otro
quiero, otro me ha prendado;

no me casaré con otro que con mi Riccardo.

Urbino - No seré yo quien soy si en este mismo día
no te arranco de su poder,
grandísima insolente;
me he de vengar, y cuenta con ello.

Escena V

Riccardo solo.

Riccardo - Sola he quedado. ¡Infeliz! Ya el arcano
está revelado... ¡qué desgracias no me reserva
aún el cielo airado!
Perdía el esposo... ¡y ahora he de perder al hijo!
Maltratada... oprimida... con tan cruel destino,
no hallo otro desahogo que el llanto.

10 Desházte en lágrimas,
corazón afligido y opreso del dolor
de una fiera crueldad.
Pueda tu llanto aplacar
la ira del hado adverso,
y el cielo clemente
se compadezca
de mi estado.

Justo Dios, si mi bien ha de gemir
siempre en duro destierro,
haced al menos que nada tenga
que temer por mi hijo.
Si os compadecen mis penas,
volved a mi seno
a mi amado bien
y no me arrebatéis
un hijo.

Así mi corazón
que hasta ahora temió
por objetos
tan amados,
podrá con dulces afectos
gozar de una felicidad
inexplicable.

Escena VI

Carlo ed Anna.

11 **Carlo** - Hola, Anita, Anita,
ya es hora
de dar de beber a los segadores y quiero
que hoy sea de lo bueno. Ya vienen,
y Urbino a la cabeza de ellos,
id vosotros a preparar la fiesta.
(*A Anna y Riccardo, que se van*)

Scena VII

Urbino, alla testa de' mietitori, scende dalla collina. Tra i mietitori si confondi Costantino, vestito alla lor foggia. Porterà come gli altri un sacco sulle spalle, una falee al fianco, ed un bastone. Durante tutto il Coro, Costantino si mantiene indietro, e non, si lascia vedere. Carlo e Paolino sono insieme; Anna vien fuori poco dopo colla fiasca, ed il boccaletto.

12 **Coro** - Cantemos nuestros
afortunados amores,
cantemos la dulce
amenidad del campo;
sólo la vida campestre
renueva en nosotros
la agradable idea
de la edad de oro.

Urbino - Sí, hijos, cantad,
aquí está vuestro hermano;
al que beba alegremente
mejor le protegerá.

Dos segadores - ¿De veras?

Otros dos - ¿De veras?

Otros dos - ¡Viva!

Todos - ¡Qué alegre compañía!

¡Qué amable contento!

(Poco a poco se van dispersando todos. Costantino se queda, y asegurándose algún tanto, dice:)

13 Costantino - Al fin ya quedé solo.

¡Desgraciado Costantino! Próximo estás

al fatal sitio, de donde saliste huyendo

y proscrito con tu esposa e hijo,

¡creyéndote autor del inhumano golpe

que dio muerte a tu amado padre!

¡Ah! Qué fatal día! ¡Y aún respiro

al acordarme? ¡Oh hijo! ¡Esposa!

¡No lejos de aquí os perdía huyendo

de mis perseguidores!... Sólo el deseo

de informarme de vosotros, encubre en este vil traje

al heredero de Arlés, e imprudentemente

le precipita en medio de sus enemigos y del peligro.

14 Si volviese a ver objetos

para mí tan tiernos,

moriría contento en medio

de sus redoblados abrazos;

Mas no es dado a un infeliz

esperar tanto bien.

15 ¡Esposa! ¡Bien mío!

¡Yo te veo bañada en tu propia sangre...!

¡Siento caer en mi pecho

tu último suspiro!

Paréceme oír tu moribunda voz!

¡Acabe de una vez mi vida

y con ella tanto penar!

¡He perdido la razón,

y siento, Dios,

que desfallezco!

(Cae en un banco)

Escena VIII

Carlo, Costantino y Riccardo, desde dentro.

16 Carlo - Si he de decir verdad, aquel señor del tribunal me pareció un escribano de mala intención.

¿Quién es ese Paolino?

¿Es hombre, mujer o qué es?

¿De dónde viene? ¿Qué hace?

Pero bien supe responderle.

¿Quién será este otro?... Un segador más.

¡Qué rostro!... Eh, buen hombre...

Costantino - *(Temblando)*

¿Quién me llama?

Carlo - ¡Por qué es ese miedo! Quizá

no estás acostumbrado a oírte llamar

con tal nombre, y te has asustado

al oírte llamar buen hombre.

Costantino - No: me siento un poco mal.

Carlo - Ánimo, que ello se pasará. ¿De dónde vienes?

Costantino - Vengo de Tarascón.

Carlo - ¿De veras?

Costantino - Cierto.

Carlo - *(Bellísima ocasión).*

¿Habéis por casualidad oído hablar de

dónde se halla el conde Costantino,

aquel bribón que asesinó a su padre?

Costantino - ¡Ay!

Carlo - ¿Qué te sucede?

Costantino - Nada:

padezco algo de mal de corazón.

Carlo - ¿Y querías ser segador?

Mira, mejor será que hagas lo que yo te aconsejo,

ve a buscar una cama al hospital.

Costantino - No: ya se me ha pasado.

Decidme ahora, ¿la princesa Elena,

esposa de Costantino, vive aún?

Carlo - Vive, y tan buena como está.

Costantino - ¿Con que aún se habla

aquí de sus desgracias?

Carlo - Ciertamente: ¿no tenemos boca para ello?

(Ya me van cansando sus preguntas).

Costantino - ¡Costantino

no es delincuente! La adversa suerte

lo persigue;

mientras vivió el impío Romualdo,

el inicuo usurpador de sus derechos,

erraba incógnito y oscuro;

ahora sólo busca sosiego;

pero en vano, pues Edmondo, su sucesor e hijo,

se le parece en el corazón y en todo.

Si al menos pudiese volver a ver su esposa...

¡Mucho se alegraría!...

Carlo - *(¡Si será éste acaso Costantino!*

El caso va excitando mi curiosidad.

De este modo lo sabremos).

Riccardo, hola, Riccardo.

Riccardo - *(Desde dentro)*

¿Que mandáis, señor mío?

Carlo - Trae pan y un vaso de vino

a un pobre hombre que se ha puesto malo.

Escena IX

Riccardo, con un jarro de vino, y dichos. Riccardo se acerca a Costantino: se reconocen, deja caer el jarro de la mano: ambos a dos dan un grito, y Carlo observa con atención.

Riccardo - Esto es todo: ¿Dónde está el hombre?

Carlo - Allí está, aquél es.

Costantino y Riccardo -

17 ¡Cielos, qué veo! ¡Es ella/él!

Costantino - ¡Elena!

Riccardo - ¡Costantino!

Costantino - ¿Es cierto lo que veo?

Riccardo - ¿Estás junto a mí?

Costantino - ¿Te abrazo?

Riccardo - ¿Te vuelvo a ver?...

Elena/ Costantino - ¡Oh, dulce esposo/a!

Creo que mis ojos me engañan.

¡Qué sorpresa!

18 Costantino - ¡Cielos! ya olvido la memoria de mis males

con tal de que pueda aún vivir

al lado de mi bien.

Carlo - ¡Estrechaos! ¡Abrazaos!

¡Qué gusto! ¡Qué placer!

¡Hasta ahora no probé

un instante más feliz!

Elena - Stelle! Dei mali miei

già la memoria obbligo,

se accanto all'idol mio
vivere io posso ancor.

19 Costantino - ¿Mi hijo Adolfo vive?

Riccardo - Sí, vive.

Costantino - ¡Oh amado! ¡Oh hermoso mío!

Riccardo - Sin saberlo
sólo suspira por ti.

Costantino - ¿Dónde está?

Riccardo - ¡Prudencia!

Costantino - Yo quiero verlo.

Carlo - Tened paciencia.

Costantino - El corazón de un padre amante
mal sabe contenerse.

Riccardo - Aún no ha llegado el tiempo...
mira por tus días.

Carlo - Os acaloráis demasiado,
y aquí se necesita cachaza.

Costantino - Mas ¿quién te salvó junto
a mi hijo del furor de los enemigos?

Riccardo - Este buen pastor.

Carlo - Y me vanaglorio de ello.

Costantino - A tus pies...

Carlo - Levantaos:

no penséis en mí,
que los momentos vuelan;
otro par de abrazos,
que no hay tiempo para más.

Riccardo y Costantino - ¡Ah! Sí, mi amado bien,
estréchame contra tu seno,
ya el alma no teme
el rigor del hado.

Carlo - ¡Yo hago aquí de tercero!
Mas ¡Oh Dios! Una escena tan tierna
me arrebató el alma
de placer y alegría.

Escena X

Anna, Urbino y, a lo lejos, Coro de guardias.

20 Anna - Vete a la cuadra, ¿lo oyes?

sátiro insolente:

déjame en paz, ya puedes pensar en otra.

Urbino - Despreciáme cuanto quieras, continúa insultán-
dome;

pero oye, yo te apuesto
que Urbino será tu esposo a pesar tuyo.

Anna y Urbino - ¡Qué rumor!...

Coro - *(Desde dentro)*

Vamos, señor,
vamos,
descubramos
los pasos del traidor,
del que dio muerte
a su padre.
Demasiado propicia le ha sido
hasta ahora la suerte.

Anna y Urbino - ¡Oh, dichoso día!

Siento que el alma
me rebosa de alegría
con la llegada de Edmondo.

Anna - Corramos.

Urbino - Sí, corramos
al encuentro del conde. *(Salen)*.

Escena XI

Edmondo, Anna, Urbino, Coro de guardias.

Edmondo - Ven a mí, Costantino,
enjuga conmigo tu largo llanto,
y halle yo el dulce momento
que hasta ahora me niega el cielo.
Pero, ay ¿quién sabe dónde os hallaréis,
nobles y desgraciados esposos?
Entre angustias y martirios
me estaréis continuamente llamando cruel.

Coro - ¡Oh, príncipe! Preparaos
a la venganza
justa y terrible,
porque en vano
intenta ocultárenos
el traidor.

21 Edmondo - Un rayo lisonjero
de tranquilidad
ocupa mi alma
y persuade a mi corazón.
Sí; desapruebo
mi proceder hasta aquí,
porque el honor
me enseña mejor camino.

1 **Edmondo** - Hoy me escribe el gobernador de Tarascón, que es pública voz y fama, que errante y temiendo su suerte, se oculta por allí el conde Costantino. ¡Amigo desgraciado! ¿Dónde te hallaré? Triste, proscrito, todos te creen autor de un atroz delito. Y en tanto yo debo fingir que te odio, y te persigo, ¡oh Dios! Todos te acusan del horrible delito de haber cruelmente muerto a tu padre; mas eres inocente. No, no será así, Costantino, ya se acerca el día de la justicia; y sólo una palabra mía hará patente al mundo que mi padre fue quien te arrebató padre, honor y trono. Todo lo voy a reparar... ¡Perdona, padre mío!

Escena XII

Dichos, Carlo, Costantino y Riccardo aparecen por la colina, después el Governatore con guardias y pueblo.

Carlo - El gobernador viene... huyendo de un peligro hemos caído en otro; mas nada importa; vamos, salid a la palestra, ánimo, no hay que temer; semblante sereno.

2 **Gobernador** - Señor, ¿vos aquí a honrar estos sitios?

Edmondo - He venido a examinar por mí mismo las noticias que me dísteis.

Gobernador - Hoy acaso se cumplirán uestros deseos;

y Constantino sufrirá la pena de su delito. Para mejor descubrirle he dado orden de inscribir todos los habitantes del contorno.

Carlo - Ya todos están inscriptos, hasta este muchachito.

Edmondo - Qué amable figura, ¿cómo se llama?

Carlo - Paolino.

Anna - Padre; no os acordáis...

Carlo - Calla; sólo yo hablo aquí.

Anna - No; dejadme que yo diga la verdad.

Sé que vos le pusísteis al desgraciado niño el nombre de Paolino; y que es hijo de una afligida y perseguida madre...

Carlo - Qué desatinos estás diciendo!

Yo soy quien debo hablar.

Gobernador - Basta ya: todo está claro,

éste es hijo del impío Constantino.

Edmondo, **Anna**, **Urbino** y **Coro** - ¡Hijo de Costantino!

Riccardo y **Costantino** - Aún más... ¡suerte adversa!

Carlo - Señor, ¿qué Constantino?

Miradle bien a la cara,

éste es el hijo

de Carlos de Cassacia,

que con una paisana...

ya me entendéis...

Gobernador - Coged a ese muchacho.

Edmondo - Poco a poco.

Anna y **Urbino** - Deteneos.

Carlo - ¡Socorro!

Señor, que es hijo mío,

y antes de abandonarlo

sabré perder la vida.

Edmondo - ¡Cruel padre mío!...

Yo voy a abazarlo...

No, tiempo hay de enmendarlo...)

¡Id a arrancárselo.

Guardia - Suelta, bribón.

Anna - Padre, no os opongáis.

Guardia - Atrás, vamos, ceded.

Elena - (*Manifestándose*)

¡Adolfo, hijo mío!

Ven al seno de tu madre...

que sabrá morir

antes que dejarte.

Anna - ¡Su madre! ¿Será cierto?

Gobernador - ¿Su madre?

Todos - ¡Será verdad!

Gobernador - Llevad a la madre

con el hijo.

Costantino - No será así...

¡Deteneos, inhumanos!

Si buscáis a Constantino,

yo soy, aquí me tenéis.

Gobernador y **Edmondo** - Sí, Constantino es.

Carlo - Ahora sí que estamos frescos.

Anna y **Urbino** - ¿Qué será de nosotros?

3 **Edmondo** - ¡Él, Constantino, oh Dios!

¡Qué inesperado golpe!

Cuánto compadezco

su cruel situación.

Carlo - ¡Oh Dios!

¡Es Constantino!

¡Qué inesperado golpe!

¡Cielo! Muévate a compasión mi llanto.

Elena y **Costantino** - Qué cruel destino,

qué inexorable su erte;

derrámese mi sangre,

pues no hay piedad para mí.

4 **Costantino** - Derribe mi cabeza

un bárbaro verdugo.

Guardias y **Gobernador** - ¡Indigno parricida!

Costantino - No, yo soy inocente.

Gobernador - ¡Indigno!

Costantino - El cielo lo sabe.

No, no quieto vivir más;

te dejo cetro y solio;

pero perdona estos objetos

tan tiernos para mí,

concedeme esto

sólo por nuestra antigua amistad.

Edmondo - ¡Padre! ¡Qué hiciste!
El aliento le falta a mi corazón.)
Gobernador - Seguidme.
Anna, Urbino y Carlo - ¡Deteneos!
Gobernador, Guardias - Ceded.
Costantino - Levadme a mí solo.
Gobernador y Guardias - En vano os oponéis.
Costantino - ¡Esposa!
Elena - ¡Esposo!
Carlo, Urbino y Anna - ¡Qué barbara suerte!
Costantino - Sálvese mi amada consorte
y contento volare a la muerte;
no, crueles... saciaos en mí,
pero dejad a quien no tiene culpa.
Carlo - Yo que soy el más duro y más fuerte
sufiriré por los tres el tormento.
¡Crueles! Llevadme a mí solo
y dejad a éstos, por piedad.
Elena - Sí, dejad a mi amado esposo,
yo sabré arrostrar por él la muerte.
¡Ah, crueles! Llevadme a mí sola
y dejad a éstos, por piedad.
Edmondo - ¡Infeliz de mí! ¡No me siento con fuerzas
para sacarles de tan crueles tormentos!
¡Oh recuerdos de un padre!
No ahuyentéis la piedad de mi pecho.)
Anna y Urbino - ¡El corazón más fuerte no puede resistir
la vista de tanto tormento!
¡Suerte enemiga! ¡Cuánado te aplacarás
y tendrá fin tanta crueldad!
Gobernador y Guardias - Esa alma tan fuerte se abatirá
a la vista de los tormentos.
No, para ti no hay recurso, tiembla...
tu exceso quedará castigado.

Acto II

Escena primera

Sala de palacio del Conde. Anna y Coro.

■ **Coro** - Baje del cielo
la vengadora justicia
blandiendo
su tremenda espada.
La maldad humana
no puede llegar a más;
demasiado tiempo ha sufrido
el cielo al indigno.
■ **Anna** - Entremos, y preparémonos para hablar
al conde Edmondo. Suplicaré por él
con todas mis fuerzas. ¡Habrá corazón de hierro
que pueda resistir
a tanta pena y tan cruel aflicción!

Escena II

Carlo y dichos.

Carlo - Mi brava hija, ¿qué estás haciendo
en estos reales umbrales? Anda, vuélvete,
que los dorados artesones
sólo se han hecho para sujetos de más importancia,

y más dignos que nosotros.

Anna - Pero ¿hemos de abandonar
a su suerte al infeliz Ricardo?

Yo quiero implorar por él
la piedad del Conde.

Carlo - ¡Dale con Ricardo!

¿No ves, hija que tu amado bien,
por arte de encantamiento, se ha vuelto
una mujer lo mismo que tú?

Anna - Está bien... nada importa:
yo no quiero abandonarla.

Carlo - ¡Brava muchacha!

Alabo tu buen corazón: pero vuélvete a casa con Urbino,
mientras que yo pruebo
a ver si conmuevo la piedad del Conde.

Anna - Salvad a Ricardo, es todo lo que deseo.

■ Jamás las lágrimas
se enjugarán de mis ojos
mientras piense en el peligro
que oprime a mi amado bien.
Si queréis devolverme la alegría
haced que mi amado Ricardo,
libre de sus prisiones,
vuelva salvo a mi pecho.
Respire mi dulce bien
en el seno de la paz,
y aunque
no pueda ser mío
estaré contenta.

Entonces
Respirará
esta alma
de contento
en medio
del regocijo
y dulce calma.

Escena III

Gobernador y Carlo. Después, Edmondo.

■ **Gobernador** - ¿Qué hacéis aquí, buen hombre?

Carlo - Estoy estudiando un sermón trágico;
¿queréis oírlo?

Gobernador - Gracias.

Carlo - ¡Ni Cicerón haría un discurso tan hermoso!

Gobernador - Sin duda está loco; ¡ipobre cabeza!

Carlo - Yo quiero hablar al Conde.

Gobernador - Vuelve mañana.

Desde que se arrestó a Constantino no admite
a nadie, y no hace más que gemir y llorar.

Carlo - Pues a mí me precisa hablarle.

Gobernador - Os repito que por hoy no se puede.

Carlo - Pues yo también os repito
que necesito hablar al Conde.

Gobernador - Agradece a tu suerte
el que no te hayan preso esta mañana
juntamente con Constantino...

Carlo - Pero...

Gobernador - Non più replicar: torna domani.

Edmondo - Gobernador, ¿quién es?

Gobernador - Un aldeano que os quería hablar.

Carlo - Soy Carlos.

Edmondo - Todos deben exponerme cuanto tengan por con-

veniente.

Dejanos tú solos. (*Al Gobernador*).

Habla ¿qué quieres? (*A Carlo*).

Carlo - Señor, oíd los lamentos del la humanidad oprimida, y conceded a tres inocentes la libertad y la vida.

Edmondo - Pastor, tu lamentos me mueven a compasión: tú puedes dar a los inocentes la vida y la libertad.

Carlo - ¿De veras? ¿Qué puedo yo hacer? Acaso con mi vida...

hablad... aquí está Carlos.

Edmondo - Siento mi corazón conmovido.

¡Cielos! ¡Qué sublime virtud!

¡Qué generosidad!

Carlos, ¿sois hombre de valor?

Carlo - Haced la prueba y lo veréis.

Edmondo - ¿Tiemblas ante la muerte?

Edmondo, Carlo - Nada me hace a mí temblar.

■ Gracias, supremo Dios, que cumplisteis mis deseos: el corazón no puede resistir el gozo en este momento.

Edmondo - Ahora bien: corre, y espera con tres caballos a la puerta del castillo.

Carlo - Ya entiendo, voy volando.

Edmondo - Pero importa el silencio.

Carlo - Señor, no hay más que decir, voy volando.

Edmondo - Dejadme, remordimientos, que todo lo voy a enmendar.

Carlo - El júbilo brilla en mi pecho, y un rayo de esperanza enajena mi alma e inflama mi corazón.

Son di tre miseri liberator.

Edmondo - Di grato giubilo

il sen mi brilla,
di speme placida
una scintilla
m' accende l'anima,
m' infiamma il cor.
Placati, placati,
oh genitor!

Escena IV

Gabinete interior en el palacio del Conde. Elena vestida en traje de mujer, después Anna con acompañamiento de aldeanas.

■ **Elena** - ¡Desgraciada de mí!

¡A cuán cruel estado

me condena la inexorable suerte!

¡Hoy encuentro a mi desterrado esposo para verle condenado a los tormentos!

Y aún no basta esto:

también debo temer por mi hijo;

el peligro amenaza sus días.

¡Ah! que en tan cruel estado no hallo más remedio que la muerte.

■ **Elena** - ¡Dioses! ¿Por qué castigáis así mis dulces afectos?

Si os ofendí,

castigadme a mí sola:

pero libres de los tormentos

vuelvan a mi seno

mi inocente hijo

y mi amado esposo.

■ **Elena** - Mas alguien se acerca... Es Anna

con sus compañeras. ¡Cielos!

¡Ojalá me traigan buenas nuevas!

Coro - ¿Por qué se os descubre en el rostro impreso el temor?

No está lejos el momento

en que podréis respirar.

Elena - ¿Quién de vosotros me dice cuál es la suerte de mi hijo y de mi esposo?

Anna - Serena la turbada vista:

volverás a ver a tu hijo y esposo;

nada tienes que temer por tu vida.

Elena - ¡Qué oigo! ¿Y será cierto?

Tal vez os engañáis...

Coro - No, confía: ven, apresúrate

a salvar las caras prendas

de tus castos y dulces afectos.

■ **Elena** - Lejos del bien que adoro

pierde el corazón la calma:

y el alma palpita

de temor.

Mas si vive mi tesoro,

si aún respira mi hijo,

volaré con intrépido corazón

a arrostrar todos los peligros.

Coro - Ven; cesa ya de temer,

que ya desapareció el peligro.

Escena V

Cárcel. Constantino sentado, sumergido en sus ideas; después Elena.

■ **Costantino** - Oh esposa, ¿dónde estas?

¡Suerte cruel! ¡Acaso ya irá caminando al suplicio,

sin que yo vuelva a verla!

¡Acaso no podré darle el último adiós!

¡Mas qué veo! ¡Ella viene! ¡Esposa!

Elena - ¡Esposo!

Costantino - Pues aún vuelvo a estrecharte contra mi pecho,

ya soy feliz, y espero tranquilo la muerte.

Pero dime,

¿cómo pudiste evadirte?

Elena - Por gracia particular del Conde.

Costantino - ¿Qué dices, esposa?

¿También él se compadece de los desgraciados?

■ **Elena** - Déjame morir

a tu lado,

y mi desgracia

será menos cruel.

Costantino - Consérvate tan sólo para nuestro amado hijo: ¿que sería de él sin ti?

Elena - ¡Oh hijo desgraciado!

Costantino - ¡Le expones al peligro!

Elena y Costantino - ¡Oh, fatalidad!

Númenes implacables, de ira celestial,

¿por qué me hicisteis madre/padre tan desgraciada/o?

Siento que un rayo me parte el corazón.

No sé separarme de mi tesoro.

Costantino - ¡Ah! sí, marchemos...

Elena - ¿A dónde?

Costantino - A morir.

Elena - No irás solo.

Costantino - Quédate tú...

Elena - Detente...

Elena y Costantino - ¡Oh cruel martirio!

Si hemos de ser siempre infelices

y si la suerte nos ha de ser

siempre adversa,

muramos y cesemos de sufrir.

Escena VI

Sala del tribunal de justicia. Edmondo; después el Gobernador y Coro.

Edmondo - ¡No tengo un momento de sosiego, a donde quiera que me vuelva no puedo huir, y siento los terribles acentos del remordimiento!

Próximo estoy al infeliz instante en que debo hacer traición a mis deseos.

¡Edmondo! ¡Edmondo! ¿Dónde estás?

¡Búscate un medio de salvar a Constantino!

Pero ¿se habrá conseguido? ¿Habrá podido huir?

¿Será fiel Carlos?

¿Será la suerte favorable? ¡Huid seguros,

desgraciados consortes,

de las severas leyes!

¡Justo cielo, protege sus pasos!

Tu che intendi i voti miei,

tu che leggi in questo core,

sii placato e di tua mano

li conduci, o giusto ciel!

Deh! m'ascolta, e il tuo favore,

li conduci, oh giusto ciel!

Cesa, bárbaro destino,

cesa ya de ser cruel.

Coro - *(Desde dentro)* ¡Justicia!

Edmondo - Mas ¿qué ruido?...

Gobernador - En vano, generoso pueblo,

alzas tus clamores al cielo:

en vano pedís la muerte de los reos

mientras éstos van huyendo de los tormentos.

(Movimiento de sorpresa).

Coro - ¿Quién será el traidor?

Edmondo - *(Al fin respiro.)* ¿Así que han huido?

Gobernador - No: que sorprendidos y arrestados por los soldados

ya llegan a estos umbrales.

Edmondo - *(¡Justo cielo! Se descubrió mi secreto.)*

Escena VII

Los guardias conducen a Constantino, Elena y Carlos.

Guardias y Gobernador - ¡Constantino!

Anna y Urbino - ¡Gran Dios!

Edmondo - ¡Constantino!

Guardias - ¡Cruel destino le aguarda!

Gobernador y Guardias - ¡Qué infelicidad!

Anna, Urbino y Edmondo - ¡Qué dura situación!

Carlo y Costantino - ¡Qué dolor!

Elena, Costantino y Carlo - *(Señalando a Edmondo)*

He ahí al impío que nos ha vendido.

¡Qué engaño, qué hielo imprevisto!

En el semblante de todos

veo impresa la venganza y el furor.

Anna, Urbino, Gobernador y Coro -

Ved al impío que nos ha vendido,

que engaño, qué hielo imprevisto!

¡En el semblante del impío

veo impresa la vergüenza y el terror!

Edmondo - ¡Cuán fallidos salieron los votos de mi corazón!

¡Qué sorpresa, qué hielo imprevisto!

¡En el semblante de todos

veo impresa la venganza y el furor!

Costantino - ¡Pueblo de Arlés! Quieres

la sangre de Constantino;

aquí le tenéis,

saciad con él vuestro furor.

Gobernador - Sí, pérfido, morirás. *(Desenvainando la espada).*

Elena, Anna y Carlo - ¡Deteneos!

Edmondo - ¡Aguarda!

Gobernador - Su cabeza está proscripta.

Elena y Anna - ¡Piedad!

Carlo - ¡Misericordia!

Gobernador - No: perezca el traidor.

Edmondo - Mañana.

Coro - Ahora mismo.

Edmondo - El corazón se me oprime;

no puede haber peor situación que la mía.

Ya que queréis oír la sentencia

en este instante,

Constantino es inocente.

Todos - ¡Cielos!

Costantino - ¿Y tú lo dices?...

Gobernador - ¿Dónde estan las pruebas?...

Edmondo - ¿Queréis verlas?

Gobernador - Sí, príncipe.

Edmondo - Pues bien: leed

y veréis si fue él

quien dio muerte a su padre.

Gobernador - *(Lee)*

La mano que trazó estos renglones

fue la que cortó los días

del príncipe Adolfo; Constantino, el hijo

de este infeliz. El arrepentimiento
me dictó estas palabras;
¡ojalá mi estado pueda servir de ejemplo
a los malvados!... El conde Romualdo.

21 **Todos** - ¡Romualdo!

Edmondo - ¡Mi padre!

Todos - El alma respira

al fin tranquila:

vuelve la dulce calma

a mi pecho.

El temor se ha

trocado alegría.

Edmondo - El alma oprimida

apenas puede respirar:

huyó la dulce calma

de mi pecho.

Siempre mi corazón

estará afligido.

Edmondo - Constantino, éste es el solio

que ahora debes tú ocupar.

Pueblo de Arlés, yo soy el primero

en prestarle juramento de fidelidad.

Todos - Viva: resuenen en derredor

los nombres de Elena y Constantino:

consagremos este día

a la felicidad.

Elena y Costantino - ¡Justo cielo! ¡Qué cambio

ha sucedido en tan breve instante!

Yo no puedo explicar

los afectos que siento.

Coro - Por fin cesó la suerte

de ser injusta.

Venga a reinar entre nosotros

el inocente Constantino.

Todos - El corazón gemía oprimido

por tantas y tantas penas;

mas al fin llegó

el instante de regocijarse.

Después de un terrible huracán

sucede la calma;

y todos vuelven contentos

a la tranquilidad.